


DE LA AUTORA DE *you*

**ESTELLE MASKAME**



# CRUSH

**CUANDO  
TE RECUPERÉ**

CROSS  
BOOKS

3

ESTELLE MASKAME

# CRUSH

CUANDO

TE RECUPERÉ

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2023  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Making of Mila and Blake*

© del texto: Estelle Maskame, 2022

Publicado originalmente por Ink Road, en 2021. INK ROAD es un sello y marca de Black & White Publishing Ltd.

Publicado mediante acuerdo con VicLit Agency

© de la traducción, María Cárcamo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2023

ISBN: 978-84-08-26669-3

Depósito legal: B. 21.311-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Capítulo 1

El rugido constante de los motores y el movimiento suave de las esporádicas turbulencias siempre me han resultado muy relajantes. Estoy a miles de metros, por encima de las nubes, sobrevolando montañas y campos ondulantes. Me gusta la paz que hay aquí arriba. Tengo todo el tiempo del mundo para pensar, y, ahora mismo, para mí eso es algo extraordinario.

En mi asiento en primera clase, encerrada en mi propia burbuja gracias a los separadores privados, soy la viva imagen de la relajación: los pies sobre el reposapiés, el asiento completamente reclinado hacia atrás, como si fuera una cama, unos cojines mullidos bajo la cabeza y los AirPods a todo volumen con una lista de música *country* de Spotify en aleatorio. Ahora mismo está sonando *Truth About You*, de Mitchell Tenpenny. Admito que la he escuchado tantas veces que me da hasta vergüenza.

Estoy en un estado de duermevela; no estoy completamente dormida, pero he desconectado de todo lo que me rodea, tengo los ojos cerrados y el corazón se me llena con las letras que bailan en mis oídos. Ya llevamos una hora de viaje, todavía quedan otras tres para...

Unas manos me agarran por los hombros y me atraganto

al ahogar un grito involuntario. Al incorporarme de un salto, se me caen los AirPods y desaparecen entre la manta de la aerolínea con la que estoy tapada.

—¡Papá! —me quejo frotándome los ojos y lanzándole una mirada mordaz.

El asiento de papá está detrás del mío, pero él se encuentra de pie en el pasillo, inclinado sobre mis persianas cerradas. Mete un brazo por encima del separador y se coloca la pluma detrás de la oreja.

—¿Estás durmiendo?

—Discúlpame —digo con tono burlón mientras revuelvo la manta en busca de los auriculares. Mitchell Tenpenny está esperando para seguir cantándome hasta que me duerma—. Ni que estuviera agotada por los exámenes finales, el baile, la graduación y esas cosas. Estaba disfrutando de la primera siesta que me echo en... siglos.

—Si crees que ahora estás agotada —me responde—, ya verás cuando tengas mi edad. No hay descanso para los malvados, Mila. —Abre el compartimento que hay sobre su cabeza y saca un fajo de papeles de su mochila. En la primera página pone: «CONFIDENCIAL», con letras mayúsculas. Tan confidencial, de hecho, que ni siquiera yo sé qué es.

—Pensaba que te ibas a tomar unas vacaciones —digo señalando los papeles con la cabeza—. ¿Por qué sigues trabajando?

Papá aprieta los labios y sus ojos oscuros se iluminan. Hace años se habría escondido tras las gafas de sol durante todo el vuelo, sin embargo, últimamente ha conseguido reunir el valor para dejar de lado esa costumbre. Sigue siendo una de las personas más famosas de Hollywood, pero ya han pasado dos años desde que se estrenó su última película. Ya no está de moda. La prensa no se centra tanto en él últimamente —siempre están pendientes de quienes están en el

candelerero, aquí y ahora—, así que, aunque lo siguen parando por la calle para hacerse fotos prácticamente a diario, el nivel de obsesión se ha reducido de forma notable. Ya no se siente tan expuesto como antes, cuando todo el mundo estaba al tanto de cada uno de sus movimientos.

—Es un vuelo de cuatro horas, Mila —contesta cerrando la puerta del compartimento superior—, y tengo que ponerme al día con la lectura. Disculpe —llama la atención de una azafata que se acerca con una sonrisa cegadora—, ¿podría traerme una copa de vino, por favor? Un *sauvignon blanc*.

La chica se apresura por el pasillo hasta la cocina para coger la bebida que le ha pedido papá. Yo, de momento, me contento con un Sprite; todavía puedo saborear el vodka de todas las fiestas posgraduación del último fin de semana. A mamá no le hizo demasiada gracia que llegara a casa bien pasada la medianoche, pero comprendió que las celebraciones durante el fin de semana de la graduación son un rito de iniciación. La resaca del día siguiente fue mucho menos indulgente.

—Aquí tiene su vino, caballero —anuncia la azafata rodeando con cuidado a papá para dejar la bebida en la mesa de su sitio. Lo mira con una sonrisa elegante.

Papá se quita la pluma de detrás de la oreja y se vuelve a instalar en su asiento privado. Yo me giro en el mío y lo miro por encima del separador. Tiene el asiento en posición vertical y la pantalla apagada. Estoy segura de que empezó a trabajar incluso antes de que saliéramos de la pista del aeropuerto de Los Ángeles. Le da un sorbo al vino y esparce los papeles confidenciales, luego levanta la cabeza y me mira.

—¿Estás cotilleando?

—No —miento apoyando los brazos cruzados en el separador con una sonrisa inocente.

Es un guion, evidentemente. Papá se ha pasado el último

año y medio financiando proyectos que le parecía que serían éxitos de taquilla en el futuro. Acaba de terminar el rodaje, como productor ejecutivo, de una adaptación de una novela de acción a la que le vio potencial —que se estrenará en primavera—, pero ahora debería tomarse unas vacaciones bien merecidas. Nada de investigar ni trabajar en manuscritos ni reuniones telefónicas con otros compañeros productores. Y, aun así, aquí está, con más papeleo, lo que significa que su próximo proyecto ya está en marcha y no habrá forma de que se recupere del estrés por el trabajo.

—Vuelve a dormirte —me dice subiendo las cejas y tapando el guion con las manos.

¿De qué irá esta película? Le he visto disparar tantas armas de atrezo en la gran pantalla que ya no me sorprenden las grandes apuestas ni la velocidad de las películas de acción. Yo preferiría que la próxima película en la que trabajara fuera una comedia romántica, y, por supuesto, votaría por Zac Efron como candidato al papel protagonista. Pero últimamente he aprendido algo: es mucho más fácil justificar estar en el set de rodaje siendo la hija del protagonista que siendo la hija de uno de los productores. Me han despojado de esos privilegios, así que nada de socializar con Zac Efron. Mierda.

—¿Me prometes que descansarás cuando lleguemos? —pregunto suplicante. Desde luego, no está tan nervioso como antes, pero este nuevo trabajo sigue siendo muy exigente. Es mucho más divertido cuando se deshace de la presión—. Igual podrías venirte a montar a caballo conmigo. Piensa en el aire fresco, papá. ¡Sheri puede enseñarte!

Me mira por encima de las gafas. Puede que sea por la iluminación de la cabina, pero, por primera vez, le veo un pequeño mechón gris en el pelo.

—Jamás me verás subido a un caballo, Mila. No obstante,

tú tienes absolutamente toda la libertad para divertirte como más te guste. ¡Aprovecha al máximo tu último verano antes del trabajo duro de verdad!

Pongo los ojos en blanco y me hundo en mi asiento mientras busco los auriculares para colocármelos de nuevo. La voz de Mitchell Tenpenny vuelve a bendecirme a todo volumen. Siento un nudo en el estómago al ver por la ventanilla las secas praderas de Arizona que se expanden bajo mis pies.

Mila Harding, oficialmente novata en la Universidad Estatal de San Diego a partir de este otoño, el primer paso en su camino hacia una diplomatura en Enfermería. La emoción por ir a la universidad es directamente proporcional a los nervios que me produce. Entre todas las cartas de rechazo —mi nota media no fue precisamente estelar—, hubo dos de admisión. Una de la Universidad Estatal de San Diego, y la otra de Belmont, en Nashville, la universidad a la que fueron mis padres. Esperé hasta el último día para decidirme. Belmont es mejor en cuanto a calidad, pero no puedo ir. No puedo encontrarme con él. Quiero tener una universidad propia a la que referirme como mía, así que tomé la decisión de quedarme en California y aceptar mi plaza en San Diego. Eso no significa que no tenga dudas sobre si he hecho lo correcto, y es algo que me atormenta a diario.

Bajo la persiana de mi ventanilla y me quedo mirando las pequeñas rejillas del aire acondicionado que hay sobre mi cabeza. A lo mejor me apunto a alguna hermandad, aunque probablemente no lo haga. ¿Quiénes van a ser mis compañeras de habitación? No asignan las habitaciones hasta agosto. Voy a echar de menos el color verde esmeralda del equipo de animadoras del Instituto Thousand Oaks, pero en la universidad habrá otros equipos de baile a los que apuntarme. Todo va a ir bien. Todo va a ir de maravilla.

Ahora mismo no tengo que preocuparme por la universi-



dad. Estoy en plenas vacaciones de verano, a punto de empezar a disfrutar de mis últimos meses de libertad antes de empezar con el trabajo duro. Las próximas tres semanas me dedicaré a ponerme al día con mi familia y mis amigos de Fairview, y luego volveré a casa para la semana de orientación. El resto del verano lo pasaré en Los Ángeles, preparándome para la universidad: escogiendo una colcha nueva, empaquetando todo mi armario en cajas, preparando el ficus para el día de la mudanza... Pero no puedo evitar querer quedarme en Fairview hasta agosto. Es mucho más tranquilo y relajante que Los Ángeles, y no voy desde las vacaciones de Navidad. Tengo muchas cosas que hacer y muy poco tiempo para hacerlas. Viajes al centro comercial con Savannah y Tori; galopar por la finca con la tía Sheri y mi caballo favorito, Fredo; sentir el calor de los abrazos de Popeye. Creo que a mi abuelo es a quien más echo de menos. Todavía se le siguen dando muy mal las videollamadas y el noventa y nueve por ciento de las veces la cámara está apuntando al techo, así que me muero de ganas de ver su pelo blanco sedoso en vivo y en directo. Estos seis meses se me han hecho eternos y no entiendo cómo pude estar años sin verlos cuando era más pequeña. Ahora se han convertido en personas muy importantes para mí.

Pauso la música dándole un golpecito al AirPod izquierdo y frunzo el ceño.

—Oye, papá.

—Dime —responde por encima del separador que hay entre nuestros asientos.

—¿Crees que todo irá bien?

La cabina está en silencio, menos por un hombre trajeado que desde el final del pasillo ha llamado a la azafata para pedirle un *whisky* escocés. Espero conteniendo el aliento, observando el mapa del vuelo que hay en la pantalla que tengo

enfrente, y papá llama mi atención al volver a aparecer junto a mi asiento. Es tan alto que casi toca el techo de la cabina con la cabeza.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunta en voz baja con la mirada clavada en la mía.

Hay muchas cosas que no están bien ahora mismo.

Como su relación con Popeye y Sheri, por ejemplo, que ya será tensa para siempre. Papá ha venido conmigo algunas de las veces que he visitado el rancho en los últimos dos años, aunque no tantas como a mí me habría gustado. Ha estado tan ocupado poniendo en marcha su nueva carrera profesional que no ha tenido tiempo, y eso que nos aseguró que retirarse de la interpretación sería lo mejor para todos como familia. Sí que llama a Popeye una vez al mes, y lo veo a menudo escribir a Sheri. Las cosas van en la buena dirección, pero el proceso es muy lento y frustrante. Aunque tuvo razón cuando le preguntó a Popeye por qué nunca venía él a vernos. Fue un recordatorio algo duro de que el esfuerzo es una cosa de dos.

Y luego está la separación de mis padres, que se hizo oficial en primavera. Realmente fue un alivio que tomaran esa decisión, porque las peleas constantes eran agotadoras. Odiaba cómo se miraban con desprecio cuando se cruzaban. Odiaba que no salieran a cenar, que dejaran de cogerse de la mano en público, que ya no se rieran juntos.

Trabajar en los problemas de confianza ha sido un camino largo y lleno de baches, no obstante, lo suyo no había forma de arreglarlo, por mucho que lo intentaran o lo quisieran. Todavía hay amor, de eso no me cabe la menor duda, pero ¿qué es el amor sin confianza? Es una mierda, no era sano, y ahora mismo los dos son mucho más felices, como si se hubieran liberado de la presión de intentar que su matrimonio funcionara a la fuerza. Mamá se ha mudado a una de las

habitaciones de invitados de momento, mientras busca algo más permanente, y para mí es un alivio mudarme a la residencia de la Universidad de San Diego, básicamente porque me ahorra el mal trago de tener que decidir con cuál de los dos quiero vivir. Soy adulta, ya tengo dieciocho años, y no quiero tener nada que ver con el drama de mis padres. Tengo que vivir mi propia vida.

—Da igual —digo inclinándome hacia la ventana. No hay ninguna respuesta, porque no creo que nadie pueda garantizar que las cosas vayan a ir bien. Siempre aparecerá un nuevo bache en la carretera.

Y, como si estuviera preparado, el avión se agita por unas turbulencias.

Vuelvo a poner en marcha mi música —*Right Where You Left It*, de Eric Dodd, uf—, apoyo la frente en la ventanilla y cierro los ojos de nuevo.

Una hora de viaje, otras tres para llegar a casa.